Cuando la tierra canta

Ana Claudia Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Cuando la tierra canta*

Pensó que se trataba de un sueño - de esos que permanecen dando vueltas durante gran parte del día - y se desprendería de la cancioncita una vez culminado el desayuno.

No solo no fue así sino que con el paso de las horas, en medio de las actividades, se veía subyugada por sonidos tribales, percusiones que le dejaban vibrando la cóclea y un sonido a viento mezclado entre pensamientos.

- ¿No escuchas? ¿Vos no sentís como una musiquita? Hace como así, mirá: pum pum, tarari, tarari, da da do – acompañaba cada tono con gestos guturales y la mirada reconcentrada, quizá buscando en su hermana un atisbo de comprensión que le desterrara el miedo a la locura.
- Mmm... no, che, nada. ¿No será que se te quedó agua estancada en los oídos de cuando fuimos a la playa?
- No es un glu, glu, es música. Tiene una melodía formada. Como cuando escuchas un tema y no te lo puedes quitar de la cabeza.
- No le prestes atención, seguro se te va si estas metida en otras cosas. Aprovechá a estudiar y por ahí se desaparece. Si seguís enganchada con la musiquita con seguridad no desaparece – dio por zanjada la conversación al guardar el cepillo en el estante y pasar a la siguiente etapa de conservación de la belleza: crema corporal.

Con el paso de los días fue tomando conciencia de que no era en sueños. La melodía surgía desde abajo. Primero sentía un breve temblor en la planta de los pies que le subía por las piernas. Al llegar a las rodillas se le aflojaba el peso del cuerpo y en contacto con su estómago ya se desataba un tsunami de emociones. En la cabeza resonaba una especie de llamado que no tenía forma pero sí contenido, como una poesía dulce que te arranca el amor del pecho aunque estés en el mayor desierto sentimental.

- Nos tenemos que mudar, Mara, acá en el sexto piso no lo voy a encontrar – sacaba la cabeza a través del ventanal buscando una casa de puertas abiertas.
- ¡Pero vos estás loca, nena! Nos costó un ojo de la cara este apartamento. El contrato vence en un año. No podemos irnos, así como así, porque vos tenés una musiquita insistente entre los circuitos del cerebro.
- Es que no es solo la música... es algo que me está tirando para abajo... Voy a intentar explicarme. Me despierto y la música arranca en el instante en que planto los pies en el suelo. Me tiembla todo y la emoción no me deja hacer foco en nada. Me siento enamorada sin tener sujeto. Y te juro

que la música me lleva a querer estar besando la tierra, no con alas replegadas acá en medio de las nubes – angustiada intentaba ser lo más clara posible, ante la cara estupefacta de la otra.

- Allá vos, Andrea, pero a mí no me llevas en esta. Te acompañé cuando quisiste cambiar de carrera porque “no era lo tuyo”, nos mudamos de ciudad porque “no te cerraba”, te banqué la cabeza cuando dejaste a aquel novio, medio boludo, es cierto, porque “no es para mí”, pero en esta no te banco. Acá me quedo yo. Me gusta vivir en el aire – regaba las plantas con paciencia, mientras cambiaba a otras de su sitio para que tuvieran mejor iluminación.

Para cambiar la pisada se tomó algunos meses y así no actuar, una vez más, de manera impulsiva. Un poco para probar su teoría y otro tanto para desconfiar de ella. Quería estar segura que lo que sentía era verdad y no una mera confusión temporal. Había leído que los átomos se mueven de manera más acelerada cuanto más alejados están de la tierra y ella se sentía así. Acelerada, nerviosa, desapegada, con dificultad para conectar con la gente porque se le volaban los pensamientos, las ideas no tomaban forma y la música la arrastraba hasta querer acariciar con sus mejillas el pasto.

- Decime, Mara, ¿alguna vez abriste la puerta del sótano? Esa que está clausurada y nadie encuentra la llave – despertó a su hermana la madrugada de un sábado en plena ola de calor.

- ¡Ay, boluda, qué susto! Cortala. Estás de la cabeza, en serio – se dio la vuelta y pateó todas las almohadas para quedar solitaria en medio del colchón.

- No seas mala. Te traigo el ventilador y no te despierto más, pero dale, contestame –le imploró sabiendo que Mara aflojaría ante el agobiante clima que le hacía ensopar las sábanas.

- Uy, qué pesada. No, nadie ha abierto esa puerta. Es como una puerta fantasma. Se supone que conectaba con otra parte del terreno pero la clausuraron no sé por qué motivo.

Seguro no hay llave...

- Y... no - le dio la espalda en medio de un bostezo - ¿me traes el ventilador, pesadilla?

- Dale. Gracias, loquita. No te molesto más pero te aviso que de ahí viene mi música.

Dejó transcurrir el sábado para no levantar sospechas.

El domingo por la noche, entrada la madrugada, se preparó el mate y una bolsita de bizcochos que habían sobrado de la tarde en la playa. En la mochila tenía los documentos, un par de shorts, sandalias y un libro de Murakami.

Fue hasta el dormitorio de su hermana. Le conectó el ventilador y dejó un vaso con agua fresca en la mesita de luz. Le contempló en penumbras,

mientras la melodía susurraba en sus oídos, y acarició los cabellos transpirados alejándoselos del rostro. Adoraba a su hermana y sabía que la extrañaría. Pero sus caminos se separaban y las dos eran libres en su elección. Mara seguía los latidos de su corazón y ella debía ir a las entrañas de la tierra para reencontrarse con su propia música. Le besó el costado de la oreja y sonrió ante cada anécdota que pasó como un vendaval tras sus párpados entornados.

- Chau, mimosa, en un rato nos vemos – en un tenue tono de voz cerró la puerta y se dirigió al sótano.

Descendió los peldaños en un extraño recorrido hacia su propia infancia. Cada paso parecía dirigirla hacia lo más profundo de su ser. Aquellos tiempos en que todo era descubrimiento y placer. La curiosidad era la madre de sus días y el temor era el fantasma que no existía.

Abrió la puerta del sótano con cautela y en puntas de pie llegó hasta la pequeña puerta. Oscura, raída y hermética parecía oponerse a cualquier intento de ser transgredida.

Buscó indicios de algún lugar secreto donde se podría ocultar una llave.

Sus pies comenzaron a temblar y las rodillas flaquearon. Cayó sobre ellas y en cuclillas apoyó el oído en el cerrojo. La melodía ya no le pertenecía y se había materializado en instrumentos que alguien tocaba al otro lado la puerta.

Intuyó que no había llave.

Apoyó los labios en aquel pequeño orificio y empezó a desatar la música que le corría como cascada en las cuerdas vocales.

En ese encuentro se destrabó el cerrojo.

La puerta fue abierta desde el otro lado por un brazo amigo. Fuerte, sólido, amoroso y genuino.

Un hombre de pecho desnudo, barba poblada y mirada penetrante quedó a la espera ante lo que parecía ser una invitación.

Quiso emitir palabra pero solo la música le atravesó.

La ingresó a su mundo tendiéndole un instrumento de cuerda adornado con piedritas de colores. Se vio a sí misma, primero reflejada en ese diminuto caminito multicolor, para terminar en la mirada honesta del hombre.

Los pies dejaron de temblar. Sus ideas fueron alas desplegadas. Las palabras eran notas musicales y la tierra el útero que buscaba.

Los átomos eran suavizados por la melodía ancestral.

Entregada al pecho que se le ofrecía desnudo, hogar donde resonaba la melodía que la trajo de los aires, se dejó arrullar.

*Relato inspirado en la frase "The earth has music for those who listen" - Shakespeare